

EL MENSAJE DE AMERICA

Discurso pronunciado en la explanada del Monasterio de la Rábida, después de inaugurado el monumento conmemorativo del descubrimiento de América, el 12 de octubre de 1892.

Y bien, señores: seré yo, pues así lo queréis, y puesto que alguno de entre nosotros, los representantes americanos, ha de ser, seré yo, a pesar de todo, quien preste su voz a nuestra América, que, efectivamente, necesita hablar, que quiere hablar, que nos hace señas imperiosas de que hablemos en este momento. No hay duda: se siente flotar aquí un mensaje inarticulado que satura esta atmósfera; se le siente bajar, en lluvia vibrante y sutil, de ese cielo azul que nos envuelve... Yo tengo que recogerlo, y articularlo, y transmitirlo; yo tengo que darle alguna forma, ¿no es verdad? tengo que abrigoarlo en una frase que no existe aún.

Aquí procedería, señores, la vieja invocación

de los poetas al Genio invisible; nunca mi palabra se ha sentido más desproporcionada con el ambiente en que tiene que dar un sonido ajustado a una enorme armonía; nunca más pequeña, ante el gran momento vacío que tiene que llenar de un pensamiento generoso que lo ilumine; nunca más estrecha, para contener eso que anda en el aire sobre nuestras cabezas, y para dar asilo al tropel de ideas y sentimientos comunes, que, despertados en el fondo de todos nosotros, buscan en mi boca su verbo melodioso y perdurable, su verbo americano. Yo quisiera imprimirle entusiasmo, con toda su significación helénica, *en theos*, eco de un dios interior; quisiera darle ternura filial, solemnidad religiosa, vibración heroica, ruido de mar en playas remotas o de bosques tropicales sacudidos por el viento, rumor de multitud invisible, elocuencia de tempestad... yo quisiera más: quisiera darle toda la expresión de un gran silencio, que sólo el silencio es grande, ¿no es así? sólo el silencio es grande, señores, ante las cosas que nos rodean, y nos están mirando, y que parecen circundadas de un nimbo de luz tenuísima que de ellas emana, como si fueran cosas santas.

Todo esto que nos circunda está animado de una vida extraña, de un espíritu sonoro; todo: la tierra que pisamos, el aire que respiramos, el sol que nos alumbra, el instante que suena en el reloj del tiempo, y que nos recuerda que, ahora hace cuatro siglos, partió Colón de allí, de esa punta de tierra que está allí; y de esas tres carabelas que vemos allá fondeadas, y que, a la voz creadora del arte, han resucitado a los cuatrocientos años de entre los barcos muertos, cruzaron por ahí, por esas aguas rojizas del Odiel, y atravesaron aquella barra del Saltés, y se perdieron por allá, por detrás de esa colina del monasterio, en busca del mar azul, que entonces, como hoy, estaba tal cual lo hemos visto al cruzar la ría: manso y apacible como una fiera dormida al sol; azul, como si todo el cielo hubiera descendido hasta el agua transparente.

¡Y el viento era propicio; y era amiga la aurora; y el viento era propicio! ¡Era el volar del espíritu, del grande espíritu!

Aquel, señores, es el convento, el verdadero convento de la Rábida; su nombre solo, produce un escalofrío en nuestra carne; esa es la cruz de hierro de la explanada, la cruz que

conocéis, aquella en cuya gradería de piedra, esa misma que está ahí, se sentó Colón el niño, mientras el viejo, el mensajero, apoyado en su báculo, fué a golpear aquella puerta, en la que nos parece vamos a ver aparecer al Padre Marchena; ved aquel caserío que comienza a blanquear en lo alto de aquella loma verde, que termina en las barrancas grises: ¡es el puerto de Palos de Moguer! El campanario va a tocar el *Angelus* de mediodía, el *Angelus* de aquella mañana que también conocéis, de la mañana del viaje, del más memorable de los viajes emprendidos por los hombres; estos tipos populares que estamos viendo en esta región de España, esos hombres que me miran y me escuchan, y a quienes miro a mi vez con una intensidad que ellos no comprenden quizá, son los mismos calafates y marineros que construyeron hace cuatro siglos aquellos barcos sagrados; son los mismos que los tripularon, acaudillados por los Pinzones; sus mujeres son las mismas que allí, sobre esa costa, agitaban los pañuelos y levantaban en alto a sus hijos pequeñuelos, y miraban al través de sus lágrimas, cómo las carabelas, con las largas flámulas ondulantes al viento y el glorioso pabellón de la cruz de

sangre en campo blanco en el mástil, se alejaban, se perdían, se perdían acaso para siempre en la niebla rosada del horizonte crepuscular de aquella perpetua mañana...

Se diría, señores, que, como un alienado o un vidente, os estoy describiendo una aparición, o narrándoos un ensueño; y sin embargo, vosotros lo véis como yo, todo es una verdad conmovedora y grande, que sacude el alma americana, y le infunde un recogimiento religioso como si la invitara a la grande oración de acción de gracias.

Pero hay aquí algo más grande que todo eso, señores, mucho más grande: es su aliento el que sentimos en el viento que nos toca.

Sobre todas estas cosas, que persisten y se nos aparecen al través de cuatro siglos, compenetrándolo y concentrándolo y animándolo todo, la luz que nos envuelve, el sol que nos calienta, las raíces de los árboles que nos dan sombra, los ojos de esos hombres que nos miran, la transparencia del cielo en que estamos sumergidos, y que son las mismas que vió Colón, hay aquí algo, hay una realidad intrínseca y trascendental, tan viviente, más viviente que el sol, más grande que lo que vemos con los ojos, y que, como todo esto,

vive y perdura desde los siglos pasados, y pasará a los futuros en la plenitud de su excelsa personalidad sagrada, esta España, la nación descubridora, más grande o más pequeña que entonces, más feliz o más desventurada, más próspera o más abatida, pero la misma, señores, la misma que rodeaba a la mujer magna que se llamó Isabel, la misma que creyó en Colón, y que, por el hecho de creer en él, vivió de su vida, que era su fe, y fué tan grande como él; la misma que le dió barcos que echar a la mar, que le dió sangre viva que sembrar en la tierra presentida, sangre saturada de oxígeno secular, que ahora sentimos florecer en nuestras arterias americanas, y alzar en ellas el salmo primaveral de nuestra raza.

Sí, señores, ella, la inmortal persona, la persona Hispania, está aquí, y es para ella, sin duda alguna, el mensaje que recojo en este ambiente glorioso; sin ella, todo esto que nos rodea serían cosas inanimadas, incapaces de producir la conmoción que nos está clavando su garra de león en las entrañas.

Yo no hablo, señores, de la entidad política o del estado español solamente; yo hablo de la entidad humana, de la nación hispánica.

Una nación es algo así como una humanidad en la humanidad, es una alma, un principio espiritual que informa los hechos encadenados, que amalgama las sangres, que ata en haces a los hombres, y los empuja al través del tiempo y del espacio, de las tierras y de los mares; es una herencia de recuerdos, aceptada por un acto colectivo instintiva y perpetuamente renovado; es... en fin, yo no sé lo que es, señores, ni quiero saberlo en este momento, mucho menos definirlo; me basta con sentirlo intensamente, al sentir la respiración de un gran sér colectivo que se alza sobre todo esto, y que me parece escucha las palabras que suben de mi corazón, como si recibiera el incienso que sube desde una ascua; yo sé que, como esos grandes ríos que se derraman en el mar, y corren muchas leguas sin confundirse con él, fluyen las nacionalidades por entre el mar de la humanidad, determinando corrientes en que reverbera el sol. ¿De dónde proceden? ¿a dónde van? Flotan entre dos eternidades, como el tiempo en que viven; son un misterio, como la ley del universo. Yo veo, y se vé claramente, esa enorme corriente ibérica en cuyo curso inconfundible vamos envueltos; yo veo sobre ella una forma grande

grande como una nube brotada del oriente caucásico, empujada sin cesar hacia el occidente, aun al través del mar inviolado, por el soplo del espíritu, y cuyos bordes se esfuman en los cielos, pero cuyo núcleo permanente camina hacia nosotros, dejando atrás los siglos que se van hundiendo en sí mismos. En ella se revuelven y confunden los alientos de los iberos y los celtas, y brota el alma celtíbera, y sopla el viento huracanado de Roma que suena como un canto en las almenas numantinas, y estalla la tempestad que se abate del Norte, y que la hace arder sin quemarse ni consumirse, y sale el sol visigodo que ilumina la masa entera de la nube, y brillan durante ocho siglos los relámpagos intermitentes de la reconquista, reverberando en los blancos alquiceles de los moros, y en las coronas de hierro de los reyes fugaces, y en las bruñidas armaduras de los héroes caballeros del romancero-epopeya.

Todo eso forma una sola entidad indivisible que absorberá el nuevo mundo; lo anima substancialmente un espíritu, en que se funden astures y galaicos y lusitanos, cántabros y vascones, leoneses y castellanos y navarros y aragoneses y catalanes. Flota sobre eso un

arcángel, el mensajero de Dios, que preside los destinos de las razas, que refunde, que agrupa, que guía, que señala y alumbra la ruta con su espada resplandeciente; que pone lenguas de fuego sobre las frentes de los conductores inspirados, de los Sertorios y los Viriatos, de los Ataúlfos y los Leovigildos y los Recaredos, de los Rodrigos y los Pelayos, y los Cides, y los Alfonsos y los Carlos y las Isabelas; que resplandece en las Numancias y las Granadas y las Zaragozas, y que, como el fuego de San Telmo, arde en las puntas de los mástiles de las tres carabelas que cruzan el mar ignoto, bajo el influjo de la constelación de estrellas que preside la marcha de la nube que vino del Cáucaso, y que, al chocar en el negro horizonte desconocido, harán saltar en él nuevas estrellas y constelaciones nuevas.

Sí, señores: todo eso es una persona, y esa persona está aquí, se sienta sobre la luz de este día; oh, sí, está en todas partes, en todas; pongamos el oído en nuestro propio corazón, que hemos traído de América, y oiremos una voz que viene desde adentro, y que nos dice que también esa persona está aquí, dentro de nuestras entrañas; oigamos el eco de esta mi

voz que está sonando, y que es la vuestra, y ese eco nos dirá que también está aquí, en nuestra lengua castellana, en nuestro verbo español aprendido allá, detrás del mar, y que es el acorde perdurable que ha resultado del vibrar de millones de almas que, en el correr de veinte siglos, han alentado y se han fundido en la esplendente nube ibérica.

Es que ésta no se detuvo a orillas de ese mar que circunda esta península, señores; el fuego sacro que brillaba en las puntas de los mástiles de esa *Santa María*, de esa *Pintá*, de esa *Niñá*, hizo fuego e hizo luz del otro lado del Atlántico.

Como arrastra el cometa su cauda luminosa por los espacios siderales, las carabelas arrastraban en pos de sí por el Atlántico la cauda heroica de la inmensa nube; y ésta ató los continentes, y circundó la tierra, como circunda a Saturno el resplandeciente anillo; allá, del otro lado, refundió, como aquí, nuevos alientos, nuevas almas; allá estallaron nuevas tempestades que sacudieron la masa entera de la nube; brillaron nuevos meteoros, que la iluminaron con resplandores cárdenos; allá continuó el romancero español en las hazañas de los descubridores y conquistadores, y, por

fin, en las de sus hijos; allá renacieron las Numancias y las Covadongas y las Zaragozas, en el grito de Dolores, en los clamores de Boyacá y Carabobo, en las voces de las Piedras, de Salta y de Junín y de Ayacucho, en la reconquista de Buenos Aires por Montevideo, en las cargas de Chacabuco, de Cancha Rayada y de Maipú, en las dianas de Ituzaingo; en la aurora de Sarandí; allá, en el interior de la nube ibérica, se estrecharon las sombras de Pelayo y Recaredo, de Daoiz y de Velarde, con las de Hidalgo y Morelos y Bolívar y Sucre, con las de San Martín y Belgrano, con las de O'Higgins y Artigas y los Treinta y Tres; y al aliento de cántabros y castellanos y aragoneses y catalanes, se unió el aliento de mejicanos y centroamericanos, de paraguayos y colombianos y chilenos y peruanos y bolivianos y argentinos y uruguayos.

Y no por ensancharse y dilatarse, estalló ni se disipó ni perdió su carácter la nube peregrinante, señores; no por eso ha dejado de reverberar el sol en la corriente ibérica; no por eso ha envainado su espada de fuego el arcángel que le imprime movimiento.

Mirad, señores, esas banderas, que, como aves marinas empapadas de sol y de azul de

mar, aletean esos altos mástiles clavados en la tierra, que circundan el convento de la Rábida. Es la España de este lado quien ha enarbolado ahí esos colores, para arrancarnos a nosotros, a los hispánicos del otro lado, una lágrima de gratitud y de ternura; son nuestras banderas, señores, nuestras queridas banderas nacionales, llenas del alma de nuestras patrias americanas, y que, al agitarse mezcladas con ese pabellón español de oro y llama que entre ellas resplandece, son aves de la misma banda, son flores del mismo tronco, son colores del mismo arco luminoso que cruza el cielo de la historia: son las banderas hispánicas. Están en su puesto, señores, están bien ahí, junto al convento de la Rábida; benditas sean.

Veo desde aquí el tricolor mejicano; distingo los colores del grupo de las hermanas centroamericanas, que parecen confundirse en la gloria del cielo; allí, traza Santo Domingo su cruz blanca en el fondo transparente de este aire azul; allá están las estrellas de las amigas boreales de la América del Sur, Venezuela, Colombia, Ecuador; bien veo, más allá, la blanca estrella de Chile, solitaria en su cielo azul; y allí, el bicolor peruano, y el tricolor para-

guayo más allá, y el rojo auriverde boliviano; y el blanco y el azul resplandeciente de mi hermana la República Argentina; y, por fin, destacándose para mi alma de todo el grupo, como luz en la luz, como si su azul fuera un azul recién creado, como si su movimiento en el aire fuera personal y señorial como ninguno, veo conmovido resplandecer el sol de mi Uruguay sobre sus franjas bicolores, veo que esa bandera se desprende de su grupo aéreo, se adelanta hacia mí, como mi señora... y siento que mis brazos se abren, mis rodillas se doblan, que mis ojos se humedecen, que mi garganta se anuda. No me reprochéis, oh hermanos en la patria ibérica, esa mi debilidad. Vosotros la habéis sentido como yo; habéis sentido lo que yo. Cuando he marcado con la mano vuestro pabellón; cuando he pronunciado con el alma, en este momento que no volverá a sonar, el nombre de vuestra patria, que habéis aclamado, mi voz ha resonado en vuestras cabezas, ha brillado en vuestros ojos, ha recorrido la piel de vuestra carne habitada por el espíritu.

Y por eso he pronunciado esos nombres uno a uno, señores, y por eso he tocado con mis ojos, uno a uno, esos colores sagrados: para

arrancar de vuestro propio organismo la prueba viva de que el sentimiento de la nacionalidad que proclamo, lejos de debilitar el santo sentimiento de patria, lo vigoriza, lo incorpora a la eterna gradación que es la eterna armonía providencial: el sentimiento de patria en el de nacionalidad, el de nacionalidad en el de raza, el de raza en el de humanidad, el de humanidad creada, en el de acatamiento y adoración al Dios Creador y Conservador de la humanidad, y de las razas, y de las naciones, y de las patrias.

Y hé aquí, señores, que el gran mensaje que yo debía desentrañar de este ambiente, de lo que está fuera y de lo que está dentro de nosotros, se ha definido, se ha aclarado, al definir con precisión la entidad que reina sobre nosotros, y a quien debemos dirigirnos al hablar en este momento perdurable.

¿Cuál es ese mensaje? ¿De quién es? ¿A quién es?

Es, sin duda alguna, una gran palabra de amor y de gloria, de filiales parabienes de nuestra América a la madre España, a la patria española, a la entidad política que perdura, grande y gloriosa, en el concierto de los pueblos soberanos. Hoy es su cumple-siglos;

ella es la descubridora, ella la conquistadora, ella la colonizadora, la grande.

Ella existía en la raza, cuando nosotros no habíamos nacido; ella es, pues, la madre, no la madre anciana, pues los pueblos no tienen edad mientras viven, sino la madre eternamente núbil.

La América nació de una herida de gloria que esa España se hizo en el corazón. Sí, señores, hoy es día de justicias seculares.

El descubrimiento de América, su conquista, su colonización, fueron un desgarrón de las entrañas de España; por esa enorme herida se derramó su sangre sobre el otro mundo; se fueron con ella muchas energías que, si hubieran quedado aquí, en este hermoso territorio, aquí hubieran dado sus frutos, engrandeciendo a esta nación, dándole prosperidad, como prosperan materialmente los hombres infecundos, los que no parten su pan con sus hijos no nacidos. Hoy hace cuatro siglos, señores, ganó la raza hispánica; pero perdió la nación española; y lo que ella perdió fué nuestra vida, fué nuestra herencia.

No seremos nosotros los americanos, señores, los que le reprochemos la genial locura que nos engendró: la decadencia es gloria en

estos casos, como lo es la sangre perdida en la batalla gloriosa, como lo son las grandes cicatrices en el pecho, como lo es la santa palidez de la mujer convaleciente, después de haber sido madre dolorosa de un hombre, que es también un mundo.

La América, señores, reconoce su deuda: en las puertas del convento de la Rábida, arrodillada en esta tierra que pisó Colón el mensajero, y que es la tierra santa de la redención americana, a la que América vendrá un día en piadosas peregrinaciones, besa hoy en la frente a la fiera España, a la buena España; la besa sobre todo en sus cicatrices, la llama madre, la llama grande, en el transporte de justicia secular, que ahora afluye a mis labios desde todas vuestras almas refundidas en la mía.

Para eso, señores, para decir esas cosas, y muchas más que no caben en una frase, para lanzar una vez más ese ¡viva España! sacramental que viene del otro lado del mar, hubiera querido arrancar a nuestra América la quinta esencia de todas sus voces intensas, y llenar de un acorde devorador de todos los demás, la religiosa transparencia de este día.

Pero además de ese mensaje-aclamación de

todos y cada uno de los pueblos libres americanos, al pueblo que los precedió en la gloria de la raza y los evocó a la vida, queda el otro, señores, el más grande, el más solemne: es el coro litúrgico que, como enorme nube de incienso iluminada por el sol, alza toda el alma española de ambos mundos al grande espíritu hispánico del pasado, del presente, del porvenir, al arcángel tutelar de nuestra raza, que flota bajo este cielo; al Dios omnipotente, sobre todo, al Dios que vive en ese cielo y más allá de ese cielo; al que enciende el fuego sacro del genio en la mente humana, bien sea en la de Colón, el navegante del mar, bien sea en Pasteur, el navegante de una gota de agua: ambos descubren mundos; al que, según el libro de Job, el profeta enorme del desierto, pesa la fuerza de los vientos, y mide las aguas del abismo, da leyes a la lluvia y marca a las tempestades su camino; al que envía el rayo, y el rayo va, y vuelve para decirle ¡aquí estoy!; al que da inteligencia a los meteoros del cielo; al que envolvió en tinieblas la tierra recién nacida, como se envuelve un niño en sus pañales...

Señores: ese es el único grito digno de la raza hispánica en este momento perdurable; el solo digno del momento, el solo digno de la gran raza cristiana: ¡Gloria a Dios!

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

(Conferencias y Discursos.)

EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA Y LA HIGIENE

“Contar cuándo, dónde y quién hizo una cosa bien se acierta; empero decir cómo es dificultoso.”

FRANCISCO LÓPEZ DE GOMARA.

LO MISMO los poetas españoles e hispanoamericanos que los historiadores de todo género y condición, han enrostrado a España, con acentos de indignación o con el recuento frío de los hechos y la aglomeración de cifras, la crueldad gastada para destruir una raza en todo el continente americano. Es verdad que la historia de América señala el hecho de la despoblación y que ninguna de las naciones comprometidas en la empresa de la conquista y colonización de las tierras descubiertas está exenta de cargos de crueldad. Españoles, portugueses, bátavos, ingleses, aun los alemanes que estuvieron al servicio de España, contribuyeron con sus crueldades a la destrucción de los aborígenes. Sin em-

bargo, la crueldad tuvo poco que hacer en esta obra de exterminio, si bien no debe eximirse a los conquistadores de los primeros días, y a los presidentes y virreyes en una época posterior, del cargo de sevicia ejercida sobre los naturales, fría y medítadamente. Se pensaba en esos tiempos que la crueldad era un elemento necesario de gobierno, y desde ese punto de vista los hechos ejecutados por los agentes de las naciones europeas quedaban privados del matiz sentimental. Hacerles el cargo de crueldad a un Alfínger o a un Ampudia, era como censurarle al tigre sus depredaciones sobre el ganado. Quintana, en la f3rvida expresi3n de su humanitarismo, lleg3 a decir que los cr3menes de que se acusaba a la madre patria eran del tiempo y no de Espa3a. La frase sonaba cadenciosamente en nuestros 3idos en pos de aquel ap3strofe con que se deleitaron las rep3blicas nuevas de un agitado continente:

Virgen del mundo, Am3rica inocente !

T3, que a fuer de m3s casta y m3s hermosa,

Debiste ser del hado,
Ya contra ti tan inclemente y fiero,
Delicia dulce y el amor primero,
Óyeme:

Todavía le estamos escuchando. Sin embargo, cada día disminuye el poder que la vibrante silva ejerció sobre los espíritus.

La despoblación de América es un hecho-a que los naturalistas de la especie humana le han prestado poca atención. Está visible que la crueldad de los agentes españoles o de otras procedencias no pudo ser la causa. La población de España en el siglo XVI podía ser de unos tres o cuatro millones. Es preciso tener en cuenta que los datos estadísticos de aquella época no merecen crédito sino dentro de las más escrupulosas reservas. Pero si tenemos en cuenta la población actual de España y lo que se sabe de otras naciones europeas en aquella época, el cómputo anterior no parece exagerado. La población de América no se puede calcular tampoco sino dentro de límites muy elásticos. Algunos cronistas de la época estiman en veinte millones

la población total de América en tiempo del descubrimiento. La cifra es baja, sin duda, si aceptamos que en algunos puntos del territorio la población era muy densa. En la Sabana de Bogotá, según cálculos muy atendibles, había seiscientas mil almas al tiempo de la conquista. Tomando este dato por base y teniendo en cuenta la organización social de los Incas, que extendían su dominio desde Chile casi hasta Pasto, no es descabellado decir que es baja la cifra aventurada por José Acosta. Cualquiera que haya sido esa cifra, la población era suficiente para absorber en una o dos generaciones el contingente blanco que mandaba la península ibérica a varios miles de leguas de distancia. Supongamos al Japón empeñado en el siglo xx en conquistar a la China. Con todos los medios de destrucción que hoy les ofrece la ciencia a las naciones agresivas, puede asegurarse que el Japón, dueño de China, vendría a ser absorbido por la población del Celeste Imperio al cabo de dos o tres generaciones. La cultura japonesa volvería a

ser china seguramente. Los ideales del Nipón se desvanecerían, a pesar de su aparente inmovilidad, en el mar sereno de las tradiciones clásicas chinas, en cuya sabiduría bebió el japonés su primera y verdadera cultura. A una cosa semejante estaba condenada España en su conquista de ultramar, y algo de eso significan las guerras de independencia. En América se formó una España cuyos ideales y aspiraciones eran distintos de los que le señalaban rumbo a la raza en este lado del mar. La separación fué más tardía y menos substancial, porque la raza americana fué destruída en su mayor parte desde que se puso en contacto con los europeos.

Este fenómeno ha sido explicado de diversas maneras. La crueldad es la más generalmente acogida, por lo que se refiere a las horas trágicas del descubrimiento y la conquista. En los tiempos de la Colonia se dijo que el trabajo forzado a que sometían al indio en las minas, deterioraba su salud y limitaba su existencia a muy pocos años. Otros escritores, tratando de

descender a las profundidades del alma indígena, quisieron señalar en la raza, no sin fundamento, una tristeza atónica, una melancolía perdurable y colectiva, que parecía comprometer los manantiales mismos de la vida y que seguramente se acreció con el espectáculo de la conquista. La llegada de hombres nuevos, la lucha con elementos misteriosos, el odio a sus soberanos, predisponían a la indolencia moral. Además de esto, los aborígenes habían llegado a un punto elevado de refinamiento en materia de placeres. La iconografía peruana nos enseña con un descaro inocente, en las publicaciones del Profesor Krause, que la lujuria entre los Incas había descubierto todas las sabias inversiones y conversiones del sentido genésico en cuyo ejercicio y propagación tienen fama universal y moderna París, Viena, Berlín, Nápoles. A más de esto, existía el divorcio en una forma franca y sin complicaciones. "Lo más ordinario falta por las mujeres que repudian a los maridos", dice el Padre Figueroa, "si las maltratan o las des-

agradan por dejarlos o casarse con otros. Algunas veces truecan mujeres en sus fiestas o cuando les parece. En otros las quitan por fuerza a los maridos y aun se matan por ellas o las hurtan y se casan con ellas. Y hay mujeres que han mudado de esta suerte muchos maridos, estando todos vivos. Y también varones que han tenido del mismo modo muchas mujeres". Si no fuera por el sabor añejo de la frase, por la ausencia de retórica, y por lo descosido del pensamiento, podría uno imaginarse que estaba leyendo una crónica social de Chicago o el pormenor de un juicio de divorcio en Londres. Cuanto a la sabiduría en materia de vicios, ya había dicho el mismo autor en su famoso informe sobre los Maynas: "Vencida esta dificultad quedan otras... como son... muchedumbre de mujeres en algunos... supersticiones y otros vicios, principalmente de la lujuria". Por lo que hace a su manera de apreciar las cosas desde el punto de vista de la utilidad y la belleza, habían llegado los indios a coincidir con los más refinados entre los estetas

de fines del siglo XIX. En estas opiniones no se mezcla para nada el humor ni la imaginación. No me pertenecen desde luego, y para ello cito con la debida humildad estas frases del profesor Ratzel en su grave tratado de etnografía: "Se descubre un vicio fundamental de esta civilización (la de los indios americanos) en el hecho de que le daban más valor a lo bello que a lo útil; hacían mucho uso del oro y la plata y ninguno del hierro" (*), en lo cual coincidían menudamente con Théophile Gautier, con Flaubert y con el cenáculo de los estetas ingleses. El trabajo en las minas es otro de los azotes a que atribuyen historiadores de nota la despoblación de América en seguida de la conquista. En su bella obra sobre la independenciam de las colonias hispanoamericanas, Julio Mancini fija en su manera vibrante y ágil una escena de aquel terrible drama cuyo desenlace fué la destrucción de algunas razas americanas: "Le système du *tributo* ou la *mita* en con-

(*) F. Ratzel, *Völkerkunde*.

traignant les indies au surmènage d'un travail incessant dans les mines, les épidémies qui en résultèrent, les tortures, la déportation aux Antilles, ou ces malheureux étaient vendus comme esclaves, avaient fini par provoquer une effroyable dépopulation". Mancini toca aquí la causa principal, que es, en mi concepto, la epidemia. Pero las epidemias no provenían, como lo señala el lamentado historiador, del trabajo en las minas, sino de una causa más remota y más complicada. Provenían del contacto de dos razas que tenían de la vida concepto distinto.

Antes de pasar adelante, conviene, para eliminar los factores de destrucción señalados por Mancini y por historiadores no menos perspicaces que él, hacer una comparación entre la América Ibera y el África contemporáneas. La parte del continente americano que fué descubierta y colonizada por españoles y portugueses, tiene más o menos una extensión superficial igual a la de Africa. La población de Africa llega ya a los doscientos millones, a pesar de la

obra de exterminio ejecutada por los explotadores, en tanto que la América hispanolusitana, con clima más favorable, apenas alcanza a setenta y dos millones. La diferencia se acentúa como tomemos en cuenta la parte del territorio africano absolutamente refractaria a todo género de cultivo, y por consiguiente a la propagación de la especie humana. En Africa lo mismo que en América, hubo y hay aún, para vergüenza de la cultura judeo-cristiana, negros a quienes se trae por fuerza a trabajar en las minas; existió y existe la tortura; los negros eran hasta hace poco deportados en calidad de esclavos y en cantidades suficientes para reemplazar en América a los indios que iban desapareciendo en su contacto con los blancos. No fué, pues, ninguna de estas causas la que produjo la despoblación en América, puesto que el africano se reproducía copiosamente, y continúa reproduciéndose, bajo un régimen semejante.

En la obra del Padre Figueroa, citada en otra parte, dice aquel buen corazón:

“Puédense contar los daños que padecen por una de las más poderosas y graves dificultades que tiene el Santo Evangelio en estas partes. Porque se ha experimentado que cuando se les entra por sus casas la luz del cielo la siguen las tinieblas y horrores de pestes y mortandades lastimosas. Estas se ocasionan principalmente, como he tocado en varias partes, a las primeras vistas de españoles cuyo vaho parece les infunde pestes. . . Destas vistas y enfermedades se ha seguido el consumo de la mayor parte que es más de la mitad y no sé si diga los dos tercios de la gente que se ha hallado en las naciones que se han pacificado.” Parece que los indios de Méjico se dieron cuenta, antes que el Padre Figueroa, de la existencia del vaho mefítico, porque tomaban, para acercarse a los españoles, precauciones de las que más tarde ha recomendado la higiene. Bernal Díaz del Castillo, uno de los testigos más competentes entre los cronistas españoles, por su ingenuidad y sus sorprendentes cualidades de observador, tiene estas frases en

su *Conquista de Nueva España*: "y aquellos papas (los sacerdotes mejicanos) nos trajeron zahumerios, como a manera de resina, que entre ellos llaman copal y con braseros de barro llenos de lumbre nos comenzaron a zahumar". En nuestros días el cronista hubiera dicho fumigar, como se desprende de lo que en adelante verá el lector.

¿De dónde provenía este vaho letal a que se debió, en mi concepto, no sólo la exterminación de la raza sino también la facilidad de la conquista? (*). Provenía a todas luces de que los americanos del siglo XVI eran un pueblo sano, pulcro y débil, en tanto que las ciudades europeas de la misma época eran un conglomerado infecto en que la higiene no era conocida y en que la suciedad y los parásitos dominaban señorialmente. No exagero ni un ápice. Un pensador escandinavo de nuestros días,

(*) Cuanto a la facilidad de la conquista, el argumento es obvio. Los indios eran en extremo supersticiosos. El Padre Figueroa, de cuya *Relación* me valgo, dice: "No hay enfermedad ni dolor o hinchazón que no digan es hechizo de alguno." De modo que las infecciones ocurridas al ponerse en contacto con los peninsulares, los indios las tomaban por resultado de un hechizo, con que se aumentaba el terror que les inspiraron siempre aquellos hombres.

Troels Lund, ha escrito una obra, apoyada en documentos de una evidencia irresistible, para hacer el balance de los valores morales entre el siglo xvi y la época actual. Las conclusiones a que llega son poco lisonjeras para el género humano. No nos diferenciamos de las gentes de aquella época sino en que prestamos ahora más cuidado al aseo de la persona y a la higiene pública. En lo moral somos tan cultos o tan salvajes como lo eran nuestros antepasados. Somos acaso un poco más disimulados o hipócritas, y las depredaciones y las torturas se ejercitan cubriéndolas con otros nombres. George Brandès hablando de Lund y de su obra, dice: "En toda Europa vivía el hombre (en el siglo xvi) rodeado de olores infectos y poseído del demonio de los parásitos. Algunas personas se lavaban, si acaso, una vez por semana; y bañarse, nadie se bañaba. Todavía en el siglo xviii, bajó Luis xvi a la tumba sin que a él ni a sus lacayos y camareros les hubiera ocurrido que al Monarca pudiera convenirle un baño general" (*).

(*) G. Brandés. *Gestalten und Gedanken*.

Es muy posible que esas enfermedades horribles de que murieron Felipe II y el papa Alejandro VI (*) hubieran tenido su origen en la negligencia absoluta de todo principio higiénico en que se solía vivir en aquellos tiempos. Tal era la pulcritud de los monarcas. No es difícil imaginar la que gastaban los soldados, los aventureros, los conquistadores. Esos héroes de la codicia y del amor a lo desconocido, cruzaban los mares en barcos mal atendidos, sin mujeres a bordo que cuidasen de la limpieza de las ropas. Llegaban a tierra firme y vestían todas sus armas. Debajo de la pesada coraza estaban las ropas, que acaso no se mudaban en todo el tiempo de las marchas antes de encontrar al enemigo en la altiplanicie de Méjico, en el reino de los Chibchas, en la capital del Imperio Inca. La vida estaba demasiado llena de sobresaltos para que a esas gentes, procedentes de tierras donde el desaseo era regla en las cortes, pudiera ocurrirles que era preciso mudarse de ropas. Los soldados no caían

(*) P. Villari. *Maechiavieli e i sui tempi.*

enfermos bajo aquel régimen de incuria personal, porque en generaciones de abandono el hombre europeo había acabado por inmunizarse, en una serie de generaciones, contra el ataque de multitud de gérmenes que engendra el desaseo. Pero los pobres indios que eran gente sana y pulcra, según consta de numerosos testimonios, caían fulminados por el *vaho* del conquistador, si hemos de aceptar la penosa expresión del Padre Figueroa. Dos tercios de la raza se fueron en esta contaminación que dejó, por otra parte, infestado el continente. Los españoles volvían de América con las leyendas más pavorosas sobre la insalubridad de los climas. Lo cual era cierto desde el día en que los europeos habían puesto allí la planta. La limpieza era entre los naturales de América una condición de existencia y uno de los placeres de la vida, de que solían privarse para hacer penitencia o para captarse con oraciones la buena voluntad de un hado inclemente. Dice Restrepo Tirado en su libro sobre los aborígenes de Colombia:

“Se recogía (el indio penitente) en el encierro más absoluto, no siéndole permitido ni bañarse ni cambiar de manta”. “Lavan las criaturas”, expone en su obra el cronista López de Gomara, “con agua fría porque se les endurezca el cuero; y *aun ellas* (las madres) se bañan también en agua fría recién paridas y no les hace mal”. Todavía en la descendencia española de América que se ha librado del contacto con el mundo moderno, prevalecen algunas de estas preocupaciones contra la hermana agua. En lugares remotos las señoras se meten a la cama en cuanto nace la criatura y rehusan sistemáticamente ponerse en contacto con el agua o con el aire puro durante cuarenta días con sus noches, en tanto que la india, la compañera estoica del soldado en las marchas forzadas que suelen imponerles las guerras civiles, sobrecojida de los dolores, se acerca a un torrente, recibe la bendición del nuevo fruto, lo lava en el agua de Dios, se lava ella y continúa la ruta en seguimiento de su hombre. Indudablemente los españoles

le daban a la pulcritud de los indios cierto mérito de costumbre estrambótica, porque vuelven sobre el aseo de esas gentes con mucha frecuencia. De los indios del Darién dice López de Gomara que "acostumbran a lavarse dos o tres veces al día, especial ellas, que van por agua, ca de otra manera hederían a sobaquina, según ellas confiesan". El Padre Gumilla en su famosa descripción del Orinoco, hablando de los Otomacos, pone el mismo concepto en estos claros términos: "Cosa muy desusada de las demás naciones (del Orinoco) que se echan a dormir al anochecer y madrugan con la primera luz del día a lavarse al río o arroyo, *sin que haya esto falta alguna*". El Reverendo trata de disculpar la costumbre higiénica de los indios. Es digna de memoria su misericordia, porque para ejercitarla tenía que vencer sin duda grandes repugnancias. Hablando de los mismos Otomacos, que dormían de día y dedicaban otras horas al aseo de la persona, exclama impacientado el Padre Gumilla: "No se puede llevar en paciencia su escrupulosa pulidez y aseo."

La importancia que los cronistas del descubrimiento y la conquista suelen darles a las costumbres higiénicas de los indios, tiene su origen en un hecho de observación diaria. Visitando un país extraño, la atención del viajero se detiene con preferencia en los usos y formas que se diferencian sensiblemente de los que a diario observa en su propio país. Antes de llegar a las profundidades del alma japonesa, el viajero occidental se dilata en la descripción del saludo japonés, en observaciones humorísticas sobre la costumbre de dejar el calzado en la puerta de la casa o sobre la frecuencia de los baños y la altísima temperatura del agua en que suelen tomarlos. Los buenos padres que refirieron las primeras hazañas de la conquista americana, o los militares que se complacieron en hacer más tarde el recuento de sus hazañas, hallaban un poco extrañas y acaso demasiado íntimas las relaciones del indio con el agua, porque acaso el conquistador había vivido con ella en neutralidad armada o en absoluta indiferencia. En genera-

ciones donde la higiene se había convertido en una segunda naturaleza, vertió la Europa, con un movimiento inconsciente, el tren de las basuras que se habían acumulado en dos siglos. El europeo vacunado, inmunizado ya en su tierra, sobrevivió a las pestes en cuyo hervor desaparecieron las razas americanas. Era menester decir esto para salvar a los europeos del cargo de crueldad que les están haciendo de siglo en siglo historiadores prevenidos y poetas grandilocuentes.

Sería muy injusto sacar de aquí la consecuencia extrema de que la vida en Europa había tenido siempre estos caracteres de repugnante suciedad. Hubo siglos más pulcros que el XVI, antes y después de esa época; la mala ventura de las tribus americanas quiso que Colón hubiera descubierto aquellas tierras en el momento en que el viejo mundo se estaba convirtiendo en una pocilga. El Africa, que fué descubierta y colonizada más tarde, no padeció las consecuencias del vaho tremendo, porque la higiene de Europa se había modificado

en provecho de la salubridad. Se necesita una poca de ruda franqueza para reconocer que el cristianismo tuvo en esta enemistad con el agua una vasta influencia. Jesús no predicó nunca el evangelio de la incuria personal. Hizo de la pulcritud un rito cuando dobló las rodillas para lavarles los pies a sus discípulos. Sin embargo, en esto, como en otras muchas cosas, la doctrina original se fué desvirtuando entre los pueblos a cuyos oídos llegaba desde otras comarcas. Como Cristo decía que su doctrina era de pobreza y mansedumbre, y como hacía llamamiento especial a los desheredados, a los humildes, a los pobres de espíritu y de hacienda, a las mujerzuelas y los tímidos, una inversión natural de las ideas llegó a hacer creer que aparentando la pobreza o ejerciéndola real y efectivamente se llegaba con más presteza al camino de la perfección. Ha sido una desagradable coincidencia que la pobreza en sus formas extremas ostente las apariencias de la suciedad. El cristiano, según Nietzsche, era por antonomasia el hombre mal

hallado con la limpieza. A más de esto, el contacto con el agua tibia y elástica asumía los preliminares de la caricia lúbrica. Por eso los primeros cristianos le tenían horror al baño. Los anacoretas, no todos, desde luego, huían de las sollicitaciones de la carne que solía producirles el baño. Esa preocupación se afirmaba en la mente del pueblo o desaparecía según las épocas. Pasado el renacimiento, cuando los albores de la reforma echaron un velo de ascetismo sobre las desnudeces y los primores de la vida, volvió el mundo a mirar con ojos de sospecha las caricias del agua. Los protestantes, en el norte, quisieron ser ascetas como los primeros cristianos, por odio al mundo latino; y los españoles, queriendo hacer sombría la doctrina de Cristo, en competencia con Lutero, dieron también en hacer del agua un ente sospechoso. Fué en este tiempo tenebroso cuando la Europa vertió sobre las Indias Occidentales el pozo infecto de su población.

B. SANIN CANO.

(*Cuba Contemporánea*. Habana.)

AMÉRICA

No sabemos hasta qué punto sea cierto la referencia que se nos da de haberse llamado *América*, en la era precolombina, a una montaña de Nicaragua, donde existían ricas minas de oro. Lo que sí podemos afirmar es que el nombre que dieron los europeos al nuevo mundo tuvo origen.

En el siglo XVII fundó San Deodad un monasterio en el lugar que hoy llamamos ciudad de San Dié, en los Vosges, bautizada en los actuales tiempos con el nombre de *madrina de América*, la cual ciudad gobernaba de hecho el duque de Lorena, aunque en derecho el papa y el emperador de Alemania. En 1473 gobernaba dicho ducado el rey Renato II, príncipe de gran cultura, amigo de las letras y las artes y muy adicto a cosas de geografía.

Entre los canónigos de aquel monasterio, todos hombres de ciencia, se encontraba Vautrin Lud, a más capellán y secretario de Renato. Hacia el año 1507 estableció en San Dié una imprenta, en compañía de Martín Waldseemüller, quien traduciendo su nombre al latín se llamó a sí mismo *Ilacomilus*, con lo que seguía la costumbre de su tiempo.

Estos sabios tenían pasión por los estudios geográficos: Lud publicó en aquel mismo año, 1507, en casa de Grüninger (Strasburgo) un librito donde dió una pequeña figura de la tierra con proyecciones polares para marcar las horas, cosa de su invención; y Waldseemüller publicó, 1505, una edición latina de la carta de Amerigo Vespucci a Lorenzo de Medicis, la cual llevaba por título, dado por el autor primitivo Giocondo, 1504, *Mundus Novus*.

Ocupábanse estos hombres en preparar una edición latina de la geografía de Tolomeo, cuando Renato comunicó a Lud un compendio, en francés, de los cuatro viajes de Vespucci,* el cual parece, según lo demuestra Gallois, haber sido enviado por su corresponsal en Lisboa. Lud lo hizo traducir al latín por Basin de Sandoucourt, y en abril, 1507, lo publicaba en un volumen que llamó *Cosmographiæ Introductio*, por figurar en él, precediendo la narración de Vespucci, un resumen de cosmografía y geografía preparado por Waldseemüller, quien, al mismo tiempo, firmó la dedicatoria del dicho libro al emperador de Alemania, Maximiliano.

Waldseemüller, al encontrarse en presencia de un nuevo mundo, el cual aparecía descubierto por Vespucci (pues, en verdad, fué éste quien

* Vespucci, en su juventud, permaneció por largo tiempo en Francia como secretario de Guide Antonio Vespucci, su pariente, embajador de Florencia cerca de Luis XI.

recorriendo toda la costa del Brasil, demostró que no se estaba en presencia de la parte oriental de la India ni de islas, como lo creía Colón, sino de un nuevo mundo continental), se preguntó qué nombre podría dársele; y entonces indicó que se le llamaría *Amerige* o *América*, o sea tierras de Amerigo, recordando al mismo tiempo que teniendo Asia y Europa nombres femeninos, bien podría hacerse lo mismo con el nuevo continente. Dijo así: *Alia quarta pars per Americu Vesputium (ut in sequentibus audietur) inventa est qua non video cur quis iure vetet ab Americo inventore sagacis ingenü viro Amerigem quasi Americæ terram sine Americam discedam: cum & Europa & Asia a mulieribus sua sortita sumt nomina.*

Y no hay que culparle por ello, es decir, de haber tomado el nombre de Vespucci en lugar del de Colón, pues para aquel año sólo se había publicado la carta de este último narrando su primer descubrimiento de las Indias, donde no habló de nuevo mundo. Era la versión latina de la carta del almirante al tesorero Gabriel Sánchez, de la que se publicaron, 1493, cuatro ediciones en Roma y dos en París. Tenía la española un encabezamiento que decía: *Carta de Cristóbal Colón, a quien nuestra edad debe mucho, acerca de las Islas que hace poco se han encontrado en el mar de las Indias, a cuya bus-*

ca y descubrimiento había sido enviado ocho meses ha con el favor y a expensas del invicto Rey don Fernando, Rey de las Españas.

Ni calló Vespucci el descubrimiento hecho por Colón de las islas del Caribe, pues hablando de la famosa *Antiglia* decía: *la que ha sido descubierta hace un año por Colón.**

La *Cosmographiæ Introductio* obtuvo un éxito extraordinario, pues en agosto, 1507, hubo de tirarse una segunda edición; Waldseemüller publicó otra en Strasburgo, 1509, y en Lyon hicieron otra en época indeterminada. Pero, como observa Gallois, no fué dicho libro el que generalizó el nombre de América sino el mapa que a él se agregó, donde está por primera vez.

Presentada así de bulto la cuestión, aparece que Waldseemüller apellidó *América* a todo el continente o la parte para entonces descubierta, desconociendo el cartógrafo lo hecho por Colón. Esta es la impresión que sentimos al leer los historiadores que del asunto se han venido ocupando, unos por no haberse detenido suficientemente en el examen, y otros por haber trabajado de segunda o más manos, cosa que nos ha obligado a ocurrir a las fuentes originales, es decir, al texto de la *Cosmographiæ,*** 1507, y al mapa de Waldseemüller*** descubierto últimamente por el pro-

* Che é questa, che discoperse Cristobal Colomb piú anni fa.

** Ejemplar de la Biblioteca Nacional de París.

*** FISCHER & WISER *The Wold maps of Waldseemüller.*

fesor alemán Fischer, quien junto a él encontró la carta marina de Waldseemüller de 1506, donde no llamó al Brasil *América* sino *Brasilia sive terra papagalli*. Razón tenía Mr. Federico Mason cuando nos dijo, en cierta ocasión, que en materia de documentos todo se encontraba.

Pues bien, en dicho mapa de 1507 todo es correcto. Nuestro cartógrafo trazó toda la parte del nuevo mundo hasta aquel día descubierta, de que se tenía conocimiento en Europa, es decir, la costa que va desde la actual península de la Goajira hasta la tierra llamada primeramente Santa Cruz y luego Brasil, toda la cual había sido visitada por Vespucci.

Nada le quitó Waldseemüller a Colón. Toda aquella costa hasta el norte del Brasil, se lo fijó así: *Tota ista provincia inventa est per mandatum regis castelle*, ateniéndose así al encabezamiento, como se vió arriba, de la edición de la carta de Colón al tesorero Gabriel Sánchez, En la parte concerniente al golfo de las Perlas hizo constar que dicha región había sido descubierta por Colón, pues allí puso, donde está la isla Trinidad: *Iste insule per columbum genur sen ammirantem ex mada to regis castelle inuente sunt*. Y *América* llamó al trozo de tierra del Brasil, considerado descubierto por Vespucci, como nuevo mundo.

Ciertamente que hubiera podido llamar *Columba* a la tierra del golfo de las Perlas, como a poco propuso Bartolomé de las Casas llamaran al nuevo continente, pero no lo hizo, tal vez por no advertirlo. Otros propusieron se le llamara *Colonasia*; y el caraqueño Miranda indicó a fines del siglo XVIII el nombre de *Colombia*, destinado a gran celebridad en las guerras bolivianas. Guillermo de Postel propuso, 1561, se le diera por nombre *Atlántida*,

Pero, se preguntará ¿de donde tomó Wadsee-müller sus datos para confeccionar dicho mapa? Gallois afirma que tuvo a la vista varias cartas marinas de procedencia portuguesa, comunicadas a Renato por su agente en Portugal, y por el rey pasadas a nuestro cartógrafo, todas imperfectas, como era natural para aquellos días, no siendo extraño contara entre ellas el mapa trazado por Colón en 1498. Comparándolos se observa similitud. Sin embargo, los más recientes críticos de la cuestión, los alemanes Fischer y Wieser, se inclinan a creer que se sirvió del mapa de Cantino, 1502.

Interesante cosa es ver, en el estudio de la cartografía americana de la época, cómo va desenvolviéndose la geografía del nuevo mundo, y cómo asistimos, a la aparición de cada nuevo mapa, a las etapas de su perfeccionamiento. Pacæe, escribe Mr. Schalck de la Faverie, que el

Creador se complaciera en escondernos aquel mundo, y sólo quisiera revelárnoslo por trozos informes...

Y así fué

El mapa de Juan de la Cosa,* el primero firmado que se conoce, fechado en 1500, es un verdadero laberinto; un poco de más claridad se observa en el de Waldseemüller de 1507 y en el de Ruysch,** que acompañó la edición de Tolomeo de 1508. En el globo de Schöuer, 1520, empieza a verse algo de la forma del continente meridional, el cual precisa un poco más Lenox en su mapa de 1534, y aparece definitivamente fijado en el globo de Behaim de 1592; pero Jacque de Vaulx conocía el contorno general cuando trazó su mapa de 1584. Es ya casi perfecto en el mapa mundi del admeniese Schoonebeek, 1695,

Ahora, contrayéndonos al primer mapa que lleva el nombre de *América*, diremos que Mister Henry Steveus, de Londres, ha encontrado en estos últimos años uno donde se da al nuevo continente, o mejor, al Brasil, el nombre de América, pero que él cree, no obstante atribuirlo a Waldseemüller, anterior al de 1507 de la *Cosmographiæ Introductio*.

CARLOS A. VILLANUEVA.

(*El Cojo Ilustrado*. Caracas.)

* Reconocido y publicado por Humboldt en 1839.

** Por error se le ha atribuido a Waldseemüller

La Justicia del Inca Huaina-Capac

ARA-JAIPHU puso el pie en la balsa temblando de dicha. Collaguaqui cogió el remo pintado de vistosos colores, sonrió por última vez al engalanado séquito congregado en la orilla, y, apoyando el remo en tierra, impulsó la balsa lago adentro. Las vírgenes destaparon en ese instante sus cestos de paja teñida y comenzaron a arrojar puñados de flores silvestres a la barca que se deslizaba silenciosa; los varones agitaron sus banderas y lanzaron al viento las notas gimientes de sus zampoñas y el loco tintineo de sus tamboriles.

—¡Que sean ustedes felices!—les gritó gravemente el viejo Collaguaqui agitando una ramita de romero que había arrancado a la vera del camino.

La mañana era serena, límpida. Sobre el lago azul y sin ondulaciones volaban, las gaviotas reflejando en la linfa su plu-

maje albo, y el sol cabrilleaba en las placas de oro que iban pegadas a la vela, hecha de *titora* joven,

Cuando la balsa se hubo apartado de la costa y dejaron de oirse los ecos de la loca fanfarria, Wara-Jaiphu sacudió de su oscura cabellera los pétalos de las flores silvestres y envolviendo a su novio en la mirada ardiente de sus ojos profundamente negros, le dijo con voz de mieles:

—Debes de estar contento, pues se ha realizado lo que con más vehemencia aspirabas: ver al Inca, hablarle. Nada en el pueblo lograba distraerte: siempre estabas triste, sombrío. En vano los *yatiris* habían apartado los conjuros de tu cabeza, creyendo que estabas poseído; buscabas los rincones como bestia herida. Yo te he seguido por todas partes, a ocultas, y como nunca apartabas los ojos de la isla, he adivinado que toda tu preocupación era presentarte al Inca, brillar en sus fiestas, servirle. Y ahora le conoces, le has visto, le has hablado, y ya eres feliz. . Dime, ¿cómo es el Inca?

A esta pregunta irguióse Collaguaqui, y sonriendo inefablemente, cual si volviese a una senda cruzada en su infancia y olvidada después, repuso:

—Es alto, grueso, de ojos claros, bello.

—Dicen que es muy joven.

—Aún no ha celebrado veinte veces la fiesta de su padre el Sol.

—¿Y qué viene a hacer a la Isla?

—Viene a consagrarse, y como los demás Incas, recorre su Imperio para conocer las necesidades de sus hijos. Huaina-Capac ha hecho lo que ninguno: donde llega hace levantar edificios, castiga a los delincuentes, reparte recompensas.

—¿Y es verdad que le gustan mucho las mujeres? Dicen que trae varias consigo; que por donde pasa, es su afán poseer a las más bellas y dejar a sus capitanes y privados las que a él ya no le gustan; que los padres se afanan por entregarle sus hijas. .

—Es deber de los vasallos servir a su señor.

—Yo sé de muchas que han sido desdeñadas en la Isla.

—De ahí la tristeza de nuestro señor.

—¿Triste porque no encuentra mujeres bonitas?

—Por eso. Piensa que una raza impotente de engendrar hermoso fruto, es raza inhábil para las grandes conquistas y las heroicas acciones... Acostumbrado a mirarse en las pupilas de las *chachapoyas* que saben reflejar la belleza de su país claro y limpio, hasta ahora no ha encontrado en la comarca una sola virgen que alegre su corazón. El pueblo se ha consternado y han partido secretos emisarios para hallar una, aunque no lleve en las venas sangre de príncipes, y hasta que la encuentren han organizado los curacas grandes fiestas, y a ellas vamos... ¿Estás contenta?

Wara-Jaiphu levantó el rostro. Mostrábase seria y una nube de tristeza velaba el brillo de sus ojos.

—Sí, porque lo estás tú, pero mi alegría no me nace del corazón. Tengo miedo.

—¿Miedo, de qué?

—No sé; me parece que no me quieres. Prefieres otras cosas.

Cuidóse de poner paz al mancebo en el alma inquieta de su prometida y se entretuvo en remar con fiebre, deseoso de llegar a su destino. Entonces la doncella distrajo su pena siguiendo con los ojos, en el cielo, el vuelo de los rosados ibis, y, en lo hondo de la trasparente linfa, la huída de los peces.

Se habían alejado bastante de la costa y acercado a la sagrada isla cuyos contornos se destacaban, limpios, en la clara mañana. El templo del Sol levantaba sus muros sobre el verde de una colina con señorial aire de castillo, y sus cuatro puertas incrustadas de metales pulidos brillaban como un ascua; en la planicie los mazaes mecían sus largas hojas y sus rubias cabelleras, y en la orilla, fuera de los muros de la fortaleza, se veían desparramadas algunas tiendas cuya tela bordada con lágrimas de oro se hinchaba al fresco soplo de la brisa, y brillaba el precioso metal como gotas de rocío sobre iris blancos. Varios hombres, metidos hasta la cintura en el agua, trataban de poner en seco las bal-

sas reales, y otros que, juzgando por la riqueza de sus trajes, debían ser nobles, rodeaban una especie de dosel bajo el que estaba sentado un hombre vestido de rojo, con una corona de plumas plateadas y broches de oro en la cabeza, y un gran sol de oro sobre el pecho.

—Parece que nos hacen señas. ¿Qué querrán decir?—interrogó Wara-Jaiphu, señalando, temerosa, al grupo de hombres.

—¡Nos llaman!—dijo Collaguaqui con alegre acento al reconocer al Inca y dando agilidad a sus fuertes brazos. La balsa avanzó ligera haciendo curbar a su paso las totoras jóvenes. El rostro de la enamorada se cubrió de intensa palidez y una enorme angustia le oprimió el pecho.

—¿Qué quieren por acá a estas horas?—se levantó una voz airada, viniendo desde la orilla.

Collaguaqui dió el último empuje a su balsa, saltó a tierra, y, llegándose hasta el Inca se puso de rodillas ante él:

—Vengo de Coparabana, Señor, y te traigo la doncella que te ha de alegrar el corazón.

Huaina-Capac, al reconocerlo, soltó una carcajada:

—¡Ah! Ya me acuerdo. Eres el poeta que ha prometido presentarme la mujer más bella que vieran mis ojos. . . ¿Es acaso ésta?—é, incrédulo, volvió los ojos al rostro de Wara-Jaiphu, que aterrada por las palabras de su novio, permanecía en pie sobre la balsa, en actitud sumisa; y apenas el Inca viera sus facciones, una exclamación de sorpresa brotó de sus labios. Y dijo volviéndose a sus cortesanos, envidiosos ya de la fortuna del mancebo:

—Es el único poeta que conozco que haya dicho la verdad. Esta joven es bella como una chachapoya: debe correr sangre real por sus venas.

Y los cortesanos, aduladores, cantaron himnos de alabanza en honor de Wara-Jaiphu:

—Sus cabellos son oscuros como ala de cuervo marino,—dijo uno.

—Sus ojos tienen el mirar dulce y triste de los guanacos,—añadió otro.

-- Su tez es blanca como leche recién

salida de las ubres,—agregó el primero.

—Sus senos deben de ser como el Saja-
ma que brilla en las pampas desnudas de
los Collas, cuando el sol de la tarde lo do-
ra,—repitió aquél.

—En verdad, esa virgen es bella y pa-
rece frágil como una flor. ¿Como se lla-
ma?—preguntó el Inca devorando con la
mirada la belleza de la aturdida doncella.

—Wara-Jaiphu.

—Ese nombre es aymara,—dijo volvién-
dose a uno de sus favoritos. Collaguaqui
se apresuró en responder:

—Sí, Señor; quiere decir *brillo de la noche*.

—Es un bello nombre.—Y, sonriendo,
complacido agregó:—Habla, pide lo que
quieras.

El rostro del mancebo se iluminó de go-
zo. Hundió la frente en el polvo y pidió:

—Quiero servirte, señor.

Huaina-Capac dilató los ojos, sorpren-
dido.

—¿Eres noble?

—Mi padre es cacique de Capocabana,
señor.

—Pero no llevas sangre de mi raza en las venas.

—Mi abuelo condujo las andas de oro en que tu padre, nuestro Amo, conquistó las tierras de Tiahuanacu, señor.

—Entonces es justo lo que pides. Quedas incorporado a mi servicio porque eres poeta y tu corazón es ajeno al temor. Y tú...

El poderoso monarca se detiene: Ha visto correr el llanto sobre las mejillas de la virgen y frunciendo el ceño, la interroga:

—¿Lloras? Diríase que no te gusta el verme. ¡Habla! ¿Porqué esas lágrimas?

Wara-Jaiphu avanza de rodillas hasta los pies del Inca y le dice sus cuitas:

—No comprendo nada de lo que me pasa, Señor. Yo le amo; él ha dicho a nuestros padres que serías tú quien nos casarías, y le he seguido. Ahora veo que me abandona, y debo haberle causado algún mal, cuando así me castiga... Y me duele el corazón, Señor.

El monarca frunce las cejas y los cortesanos prestan oído.

—¿Es verdad lo que dice esta joven?
—pregunta severo y con voz seca a Collaguauqui.

—Señor,—balbucea con torpe frase el mancebo,—yo la amaba, cierto; pero he sabido de tus inquietudes...

—¡Ya sé!—le interrumpe, severo, el Inca;—has preferido complacerme sacrificando tu amor. Eres (*el monarca sonríe de una manera extraña*) un ejemplar vasallo y mereces una buena recompensa.

Y dirigiéndose a la doncella:

Alza, Wara-Jaiphu, y seca tu llanto. Las penas del amor curan porque eres joven, bella y fuerte... Vuelve a tu casa, que yo le guardo conmigo; y en pago de mis favores, lo solo que le he de exigir es que nunca se case con ninguna mujer...

II

Terrible y trágica obsedía la visión al Inca.

Había pasado así:

Celebrábase en el Cuzco la fiesta del Raymi y un aire tibio e impregnado de

perfumes de violeta y naranjos en flor intensaba la atmósfera intensamente azul. La muchedumbre congregada en la plaza era numerosa como jamás; los sacerdotes ostentaban sus mejores vestiduras y el séquito real fulgía bajo la riqueza de sus auríferos adornos. Todas las regiones del Imperio estaban representadas por sus curacas, y cada curaca, llevando sus armas de guerra, iba precedido de sus domésticos, que tocaban sus instrumentos, y sobre sus vestidos cuajados de oro y piedras preciosas ostentaban la piel seca del animal en que era rica su región; así, los de Emasuyos iban cubiertos con pieles de vicuña y guanacos, y los de Chayanta con las de tigre. El fuego, encendido en pebeteros de plata colocados a la puerta del Templo, ardía pronto a consumir los sacrificios dedicados al buen Padre Sol.

De pronto, en medio del profundo silencio que guardaban los veinte mil hombres congregados en la vasta plaza, grandes alaridos resonaron en el espacio luminoso. Alzaron todos la mirada al cielo y vieron

que un águila hendía el aire espacio arriba, escalando el cielo con fuertes aletazos, cual una zaeta de nieve lanzada por vigoroso brazo, perseguida por una bandada de milanos que le atajaba el espacio mordéndola en el pecho, implacable y feroz. Las plumas blancas, tintas en sangre, volaban como mariposas bicolors.

Largo y tremendo fué el desigual combate. Los viles no cejaban en su empeño de morder, y el águila, siempre enérgica, subía, subía, sedienta de luz y espacio, hasta que, desfallecida, hizo un supremo esfuerzo y, plegando las poderosas alas, dejóse caer a plomo en medio del séquito real, cual si sólo allí esperase encontrar segura protección. Cogiéronla los sacerdotes y cuidáronla sus heridas, pero en vano. Murió tres días después.

Y dijeron, llorando, los *laycas* consultados:

—Señor: lo que hemos visto es un símbolo: es el Imperio que se va...

Estas palabras obsedían, implacables, al Inca; y su insondable tristeza se acentuaba

cada día más con los desconocidos males que súbitamente comenzaron a aquejar el Imperio del Tahuantinsuyo, hasta entonces feliz, tranquilo y próspero. El buen padre Sol ocultábase en pleno día cual si sintiese vergüenza de iluminar los pecados de los hombres; de noche, en el cielo, aparecían estrellas nuevas de largas y amarillentas colas y siniestro aspecto; la tierra siempre generosa, benigna siempre, estremecíase y temblaba ahora, como madre que no puede expulsar el objeto de su amor; enfermedades desconocidas por los *colliris* diezaban las poblaciones y todo esto traía abatidos los ánimos, y particularmente el de Huaina-Capac, el poderoso señor, enfermo de melancolía. Se le veía pasear sombrío y taciturno, el pensamiento ocupado con los grandes trastornos de la naturaleza y sobre todo con los hombres blancos, barbudos, bellos y de ojos azules, aparecidos en el litoral; y pensaba no sin espanto, en la profecía de su abuelo, el magnánimo Inca Wiracocha, quien había predicho que el Imperio sería conquistado por hombres ve-

nidos de lejanas tierras... Y en previsión de que tan fatal vaticinio se cumpliera, y a pesar de su angustiada tristeza, había dispuesto que todos los súbditos de su Imperio, bajo penas severísimas, hiciesen gala de alegría y buenas formas dando él mismo el ejemplo y rodeándose de un lujo hasta entonces desconocido en el Imperio, pues, decía, quería gozar por última vez de lo que a su fin corría...

Un día de los en que Huaina-Capac, más triste que nunca, paseaba por el jardín del palacio adornado de árboles de plata con frutos de oro, tropezó con un hombre sentado a la sombra de un plátano, con la cabeza hundida en el pecho y los ojos perdidos en la tierra. Lo reconoció el Inca, y le habló:

—¿Qué tienes, Collaguaqui, que así huyes de tus amigos y buscas la soledad, que es consejera de malos pensamientos? Pareces un delincuente empeñado en ocultar un delito grave. Debes de estar enfermo, pues que persistes en no hacer brillar en tu rostro la luz de la alegría.

Collaguaqui se puso de rodillas y dijo:

—Perdóname, señor; no tengo nada. Pero desde hace tiempo una honda pena me roe el corazón y no puedo ocultarla, por grande que sea mi deseo de complacerte, pues bien sabes, señor, que cuando el corazón llora no puede reír el rostro.

—¿Y qué es lo que así te obligue a padecer?

Collaguaqui alzó el rostro envejecido y sacudiendo su cabeza, sobre la cual el tiempo había echado polvo de años, repuso con voz lenta y grave:

—Señor: no tengo a nadie que por mí se interese. Soy como esos árboles que no dan sombra a ninguna clase de vegetación.

El monarca sonrió enigmático y repuso con tono indiferente:

—Cierto. Has pasado por la vida lleno de ambición y gloria. Debes de estar contento.

—Creí estarlo, señor, antes, cuanto era joven; pero ahora que he visto caer mucha nieve sobre los picos de los montes, me he convencido que no lo estoy, señor.

—Y, sin embargo, debías de estarlo, Collaguaqui. Tu nombre es popular en el Imperio y todos saben de memoria las grandes hazañas que has realizado. Yo te debo mucho. Tú solo, con tu prudencia y energía, has podido someter las levantiscas tribus de los Antis, hechas a vivir altivas e insociables en la adusta serenidad de las pampas inclementes, entre las quiebras abruptas de las cordilleras. Merced a tu bravura y heroicidad, se han ganado muchos combates y yo he podido dar mayor esplendor al brillo de mi Imperio.

Suspiró Collaguaqui y dijo con amarga tristeza:

—Me siento ya débil y viejo, Señor. Mis luchas y heroicidades serán superadas por otras luchas y otras heroicidades; mi nombre se perderá como se pierde la espuma que el aletazo de la gaviota deja en la ancha extensión de las aguas, y habré pasado triste y solo, como esas llamas que fatigadas por la caminata del día caen en la tarde para no levantarse más ni a palo ni a piedra, en tanto que la tropa avanza indiferente y descuidada.

—¿Entonces, te pesa la vida?

—No, señor; la vida es un dón de Dios y te pertenece; pero no tengo nada que la alegre.

—Eres glorioso.

—No hay quien perpetúe mi nombre, señor.

—Eres rico.

—No tengo quien goce de mis bienes, señor.

—Eres sano.

—El tiempo abate los más robustos árboles, señor.

—Eres feliz.

—Pensé que el renombre era la felicidad, señor, y me he engañado: es el amor, la afeción del hogar. Soy solo, no tengo ni mujer ni hijos... ¡No soy feliz, señor!

Huaina-Capac le miró largamente y, severo y triste, le dijo:

—Tienes razón, Collaguaqui; has destruído tu vida, la has hecho infecunda y es tu falta, porque antes que amado, has querido ser admirado, y toda vanidad se paga. La mujer que rupudiaste lloró en un tiem-

po tu desvío, pero así que vió brillar la sonrisa de su primer hijo se consoló, pensando que es frágil el amor de los hombres y no el de los hijos, y aunque el tiempo y la maternidad han echado mucha nieve sobre su cabeza, el corazón lo lleva joven y hoy es enteramente feliz... Yo te quiero bien y sé lo que necesitas. Eres ya viejo y no podrías fundar un hogar: tus hijos no tendrían tiempo de recibir tu ejemplo y no estarían bien formados; el fruto engendrado en la vejez no es buen fruto. Te queda solo el deber. Ve y hazte cargo de los hombres que vigilan el litoral para ver si vuelven a aparecer esos otros, algunos de los cuales dicen que andan, como las bestias, a cuatro piés, y tienen dos cabezas. Si son dioses, pregúntales si creen en mi Padre; si son hombres, lucha contra ellos, pues eres esforzado y audaz. ¡Adiós, Collaguaqui!

Hizo una seña el Monarca y retiróse el noble indio.

* * *

Algún tiempo después, un quipo llegado al palacio de Tumipampa avisaba al Inca que Collaguaqui había muerto luchando heroicamente contra los seres barbudos y de ojos azules, que no eran dioses, sino hombres, con sus vicios, sus odios, sus amores y sus deseos, como los demás hombres...

ALCIDES ARGUEDAS *

* De Bolivia. Autor de un libro interesante: PUEBLO ENFERMO